

Economía amorosa y nuevo valor del cuerpo y de su vestido en dos *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes

Loving Economy and New Value of the Body and its Clothing in Two Miguel de Cervantes' *Exemplary Novels*

Carlos Yushimito del Valle

Brown University
ESTADOS UNIDOS
carlos_yushimito_del_valle@brown.edu

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 3.1, 2015, pp. 237-256]

Recibido: 27-08-2014 / Aceptado: 28-10-2014

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2015.03.01.15>

Resumen. Analiza el siguiente trabajo dos novelas ejemplares de Miguel de Cervantes, *La española inglesa* y *El amante liberal*, enfocándose en la ansiedad económica que se vivía en la época. La «abstracción» del dinero a partir del emergente uso crediticio se afirma en una Europa que vive cambios significativos e irreversibles como consecuencia del oro llegado del Nuevo Mundo. Esta misma ansiedad revela, al mismo tiempo, una clara inestabilidad en el discurso afectivo-económico del periodo, expresada en la mudanza semántica que la narrativa del cuerpo y del vestido experimenta.

Palabras clave. Cervantes, *Novelas ejemplares*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, dinero, crédito, oro, cuerpo, vestido, ansiedad.

Abstract. This paper studies two *Exemplary Novels* written by Miguel de Cervantes, *The English Spaniard* and *The Liberal Lover*, focusing on the economic anxiety that existed at the time. The «abstraction» of money due to the emerging use of credit is part of a series of irreversible and significant changes that Europe experiences as a result of the gold extracted from the New World. This anxiety reveals itself, at the same time, a clear instability in the economic and affective discourse of the period, expressed in the semantic moving that the narrative of the body and clothing expresses.

Keywords. Cervantes, *Exemplary Novels*, *The English Spaniard*, *The Liberal Lover*, Money, Credit, Gold, Body, Clothing, Anxiety.

Ante las ruinas de Nicosia, los lamentos de Ricardo –protagonista de *El amante liberal*– se cargan de una doble fuerza enunciativa: revelan, al mismo tiempo, la subjetividad del personaje con relación al espacio y a la trama de la historia que lo aprisionan. Por una parte, es la queja del amante cautivo que comparte, dialógicamente, con el espacio humanizado, la derrota y la humillación a los que han sido sometidos por fuerzas superiores. La prosopopeya hace de Nicosia un interlocutor fracturado sobre el que Ricardo transfiere su propia fisura afectiva: «¿Qué bien podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes deste en que me veo?»¹. Dicha analogía funciona como un espejo en el que el héroe se refracta, y sobre el cual acaba por fijar su experiencia sentimental: los turcos han reducido a la antigua ciudad chipriota, del mismo modo en que Leonisa, desde su cualidad aguerrida (ya semánticamente asignada al nombre), ha sometido al desdichado amante que llora su derrota en el aislamiento viciado de la gloria amorosa². Ricardo, derrotado en el combate del amor, es también víctima y testigo de una derrota militar. Por eso el fondo de Nicosia en ruinas es tanto escenario físico como espiritual (objetivo y subjetivo) de su discurso.

Así, el llanto –como en la invocación clásica con que inicia la *Telemaquía* homérica–, es también el reclamo de un oyente ansioso por escuchar la historia de un viaje imposible; un viaje que empieza narrado³ y termina vivido⁴. La posición de oyente e interlocutor sustituto que adquiere Mahamut será el inicio de la búsqueda de una narración que se encargue de echar a andar, hasta su conclusión, aquel viaje de retorno doble: a la tierra y al amor de la amada esquiva. La doble liberación del final solo puede llegar a través de la mediación del sujeto híbrido y negociador que es el renegado italiano, que, por su parte, también retornará triunfante «to live happily ever after in the lands of the Roman Church»⁵.

Esta intervención hace aún más complejo el diálogo entre cautividad y rescate, puesto que espacio y sujetos sufren también un cautiverio cultural. Los «valerosos y mal afortunados defensores»⁶ de la cristiandad han sido derrotados por las fuerzas turcas. Su propio cuerpo, y con el suyo, el de otros cristianos cautivos, son víctimas directas de dicho encarcelamiento. Por sobre las ruinas del antiguo poder cristiano se levantan, entonces, carpas, identidades y vestidos que las recubren con símbolos foráneos. Ante los ojos de Ricardo circularán, en adelante, el cuerpo estratégico de Mahamut, la institución turca y la propia amada, recuperada, pero recubierta por los signos textiles vencedores. Para recomponer el orden desarreglado por (ambas) derrotas, hará falta, como mostrará el relato, que el héroe traduzca y negocie con los otros, hasta que, concluido su aprendizaje sensible, se encamine hacia la liberalidad redentora.

1. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 137.

2. No olvidemos que esta correspondencia es fácilmente identificable para el lector. A estas alturas el lector educado no desconoce los códigos del *amor cortés*, en particular, la dialéctica que se establece entre el discurso militar y el amatorio.

3. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, pp. 137-154.

4. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, pp. 154 y ss.

5. Johnson, 2000, p. 173.

6. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 137.

A Leonisa cercará, sobre todo, un mercado burlesco de deseos indóciles y en- ceguedidos, al que se terminará imponiendo finalmente la liberalidad del amor ca- tólico, la institución matrimonial que todo lo ordena. Parte de esa victoria se re- presentará en el retorno de los cautivos ahora libres. Vestidos de turcos al término del relato, los retornantes revierten celebratoria y sarcásticamente la dinámica de dominación cultural y afectiva que tenía el revestimiento otomano: sus cuerpos li- berados se apropian de lo antes opresivo y, así, en el pliegue de la violencia sanada, lo vacían de su fuerza simbólica, lo debilitan y lo devoran, lo *traducen*, lo acaban por poseer. La liberación espacial será también liberación del cuerpo cultural.

De modo similar, *La española inglesa* narra la imposición de un cuerpo institu- cional sobre los deseos de los héroes individuales. Isabel lo resiente desde el nom- bre modificado por la voz narrativa –Isabela⁷–, solo un signo más del cautiverio al que la ha sometido el padre sustituto, al derrotar y dejar en ruinas la tierra nativa y la economía del padre legítimo. Aquí también al amante, el hijo católico, Ricaredo, tocará entonces superar la propia limitación del cuerpo nacional –que es también simbólicamente la madre-patria británica– para conquistar a la amada, lo que sig- nificará restituírle el valor real a su fe y, por extensión, el valor mercantil a la familia española despojada⁸. Su cautiverio será más espiritual que físico en manos del tur- co: a lo más, sólo el término de un largo peregrinaje que descubre, cristianamente, la pretenciosa vestimenta hecha de sedas y piedras preciosas que brillan con la intensidad del discurso petrarquista.

En el cuerpo cautivo de Isabela, el vestido es aquí suntuosa mascarada, nego- ciación cortesana, ornamento y forma de legitimidad social. A diferencia de lo que ocurre en *El amante liberal*, el final de su historia encuentra al héroe militar, antes superficialmente fijado por el vestido triunfal de «Marte» y la belleza de «Venus»⁹, despojado, a su vez, pero fortalecido en lo invisible. A semejanza de aquel otro texto, en el acto que transfiere la riqueza textil hacia un estadio moral –no econó- mico–, Ricaredo, como Ricardo, expresa la liberalidad católica y la normaliza con el matrimonio que sella sus aventuras, su tiempo de ausencia, sus pesares y su conversión verdadera.

Religión, amor y mercancía son tres elementos centrales de ambas novelas y, probablemente, de alguna más de las doce que completan las *Novelas ejemplares* cervantinas¹⁰. Atendiendo a la pronunciada articulación entre ellos, el siguiente tra- bajo analizará las dos novelas ejemplares de Miguel de Cervantes antes menciona- das (*La española inglesa* y *El amante liberal*), centrándose en el cuerpo y el vestido como mercancías y en los cambios semánticos que, a través de ambos, sufre la noción de belleza. En la progresión discursiva que revelan ambos textos es posible observar un estadio inicial en que las transacciones afectivas se negocian, casi

7. Semejante a aquel término «turco» con que designa, fija y repetidamente, a Mahamut el narrador cristiano de *El amante liberal*.

8. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 48.

9. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 68.

10. Tengo en mente *La gitanilla*, que comparte con las novelas aquí tratadas el tema del cautiverio y la representación de un mundo cultural hostil e intensamente exotizado.

siempre en términos cosificados o monetarizados, mientras que la consolidación de la relación matrimonial, que sella las desventuras de los amantes heroicos, solo puede concretarse bajo un previo acuerdo de espiritualidad y virtuosismo de honda raíz católica. Como veremos, en lo que sigue, dicho tránsito pareciera traducir la ansiedad económica que se vive en la época (la «abstracción» del dinero a partir del uso crediticio), y revelar, al mismo tiempo, una clara inestabilidad en el discurso afectivo-económico del periodo, expresada en la mudanza semántica que la narrativa del cuerpo y del vestido experimenta.

UN MUNDO NUEVO DE FRONTERAS Y ANSIEDADES ECONÓMICAS

La España del siglo XVII se encuentra muy lejos de ser aquella nación estable y uniforme que las narrativas oficiales se esmeraron en construir fuera y dentro de los textos. Ya Barbara Fuchs en *Passing for Spain* se encargó de estudiar las tensiones que los textos cervantinos revelan, por ejemplo, al desafiar en tal empresa de consolidación nacional las «categorías esencializadas» con que se imaginaba la pureza de una España imperial¹¹. En el intenso tránsito humano y comercial de sus fronteras (en particular, en las zonas del Mediterráneo), el carácter híbrido y complejamente heterogéneo de España, proyectándose sobre la representación, no solo descubre un flujo de identidades en constante intercambio y negociación, sino también un intenso diálogo transcultural lleno de traducciones de la vida social y cultural fronterizas, en aquel lugar que Isabel Torres ha descrito como «(an) often ambiguous and paradoxical interpretative space»¹².

Con personajes como Isabela o Mahamut, claros mediadores culturales en ambos relatos¹³, Cervantes desestabiliza la narrativa de una identidad estable, proponiendo en cambio la existencia de sujetos limítrofes, capaces de traducir y negociar con culturas «hostiles». De este modo, el flujo de identidades individuales se termina superponiendo a las categorías binarias que el proyecto nacional español se esmeraba en consolidar¹⁴.

Ciertamente, la desestabilización identitaria de los sujetos que puede observarse en diversos textos del periodo, pareciera ir conectada a los significativos cambios económicos que experimentó España, y que, en menos de un siglo, habían preparado el lento, pero irreversible tránsito que minó el feudalismo aristocrático

11. Fuchs, 2003, p. 3.

12. Torres, 2005, p. 115.

13. Nótese que tanto Mahamud como el narrador traducen de modo constante la cultura turca, lo que si bien puede mostrarse como una estrategia de verosimilitud narrativa, también revela un intento por entender y equiparar ambas culturas discursivamente. En el texto hallamos esta «traducción cultural» en boca de Mahamud cuando explica, por ejemplo, la mudanza administrativa del virrey (Cervantes, 1988, pp. 140-141); o bien, a través del mismo narrador, que apela en dichas ocasiones a conectores como «como sabes» o «como es costumbre» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 153) para dar cuenta de hechos culturales ajenos que el lector debe conocer. Semejante función mediadora es la que corresponde a Isabela en *La española inglesa*, cuya condición diglósica, desarrollada a lo largo del texto, ya queda expresada en la naturaleza bifronte de su propio nombre (Isabel-Isabela).

14. Fuchs, 2003, p. 4.

peninsular con el surgimiento de la burguesía mercantil de las ciudades¹⁵. Ya, por ejemplo, desde el gobierno de Carlos V, el surgimiento de los rudimentarios bancos y la fluidez de los préstamos financieros en el continente europeo habían propiciado el fortalecimiento de una nueva clase mercantil –tal como puede observarse claramente en el protagonista de ascendencia genovesa de Mateo Alemán, el pícaro Guzmanillo¹⁶–, por lo que no es de sorprender que encontremos en *La española inglesa* de Cervantes una larga descripción de dicho sistema, documentado, más allá de su propia función narrativa:

La reina llamó a un mercader rico que habitaba en Londres, y era francés, el cual tenía correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos y le pidió cédulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla o en otra playa de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo a la reina que las daría ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader francés, su correspondiente en esta forma: que él escribiría a París para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, a causa que rezasen las fechas de Francia y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicación de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha, con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaría avisado del de París¹⁷.

Detalle semejante en el cuerpo textual no puede deberse a un simple «pinto-resquismo» literario, tal como afirmara Casaldueiro¹⁸, más aún si el destino de la heroína repatriada es Sevilla –sede de la entonces en funcionamiento Real Casa de Contratación de Indias que regulaba el comercio con las Indias occidentales– y, el lugar de su rapto, Cádiz –ciudad vecina y antigua zona de influencia en la geografía comercial peninsular¹⁹. Por el contrario, el tema monetario en el argumento resulta

15. Los cambios en la distribución de la riqueza, como ha estudiado B. Ife, afirmando las diferencias entre ricos y pobres y abriendo al mismo tiempo una inusitada movilidad social entre sus ciudadanos (el surgimiento de una clase conversa mercader próspera), afectó significativamente el *orden* de las demás categorías, y por lo tanto hizo difícil de definir los límites que pretendían organizar la sociedad española, incluso los títulos nobiliarios, ahora capaces de ser comprados. Así, ante el orden capitalista en España que confunde y desestabiliza el viejo orden aristocrático, esta falta de claridad parece haber producido, como consecuencia, cierta desestabilización que se observa en el periodo; un universo en el que todo parece conducir a un *melting pot* mucho más cercano al mundo de personajes que negocian, se disfrazan, cruzan y confunden las fronteras, muchas veces meramente artificiales, del universo de Cervantes (Ife, 2002, pp. 24-29).

16. Al respecto, Michel Cavillac ha sostenido que la conversión de Guzmán de Alfarache, en oposición a la figura ideológica-económica del padre, obedece principalmente a una suerte de redención social burguesa: «al descubrir que los vicios paternos, hasta entonces responsables de su desviación pícaro, podían “hacerse atriaca” de sí mismos (“de malis bene facere”), Guzmán logra así salvarse “en su estado” de mercader» (Cavillac, 1994, p. 186).

17. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 85.

18. Casaldueiro, 1962, pp. 133-134.

19. Para conocer mayores detalles sobre el asalto real a Cádiz en 1596, que sin duda inspiró el evento narrado en *La española inglesa* por Cervantes, véase el detallado recuento historiográfico de Caroll Johnson (2000, pp. 159-162), el cual asimismo abunda en el desarrollo del contexto financiero del que se nutre el texto y que en líneas arriba apenas hemos esbozado.

ser un aspecto medular, sobre todo si se observa cómo el regreso de Isabela restaura la economía familiar del rico mercader, caído en desgracia, que es también su padre sanguíneo²⁰. Es en dicho orden económico que los textos que analizamos revelan una intensa inestabilidad –tensiones y dinámicas complejas–, que por lo general tiende a expresarse a partir de otras categorías más visibles (como raza, género, cultura, lengua, etc.) que, por entonces, sobrecodificaban la sociedad española del periodo.

En *New World Gold*, Elvira Vilchez ha estudiado con esmerada precisión el impacto que tuvo la riqueza transatlántica obtenida del Nuevo Mundo sobre la transformación de la economía española. Paradójicamente, al imaginario de la expansión y la sobreabundancia, se opone una serie de crisis fiscales que llegan a su clímax con la serie de bancarrotas reales ocurridas entre 1557 y 1653. Para comienzos de siglo XVII ya se puede hablar de un escenario de creciente ansiedad y confusión alrededor de la expansión comercial y de sus nuevas expresiones financieras, la función del dinero y la naturaleza del crédito.

Vilchez ha examinado un amplio archivo textual que va desde discursos teológicos hasta económicos y políticos, a fin de documentar cómo, entre otras cosas, la sociedad española se debió enfrentar a la paradoja de recibir una ingente riqueza, expandir sus dominios y observar, al mismo tiempo, el encarecimiento de su economía doméstica: «No one could imagine that a kingdom that owned the wealthiest gold and silver mines of the Indies would ever face poverty, scarcity and debt»²¹. Una de las respuestas que nos ofrece la autora es que la España del periodo aúrico sufre, sobre todo, de sobrecarga y desadaptación: se ve abruptamente inserta en la nueva dinámica de un capitalismo burgués, que acepta, sin poder librarse de un imaginario mercantil que todavía obligaba a ver en el oro «una sustancia de valor intrínseco»:

20. Quedará muy claro a lo largo del texto que Isabela se configura en sinécdoque de la riqueza del padre legítimo. Veamos, por ejemplo, dos citas. En la primera, confiesa el padre al propio Ricaredo, durante el relato de sus desventuras: «El grave descontento en que me dejó su pérdida y la de la hacienda, que también me faltó, me pusieron de manera que ni más quise ni más pude ejercer la mercadería, cuyo trato me había puerto en opinión de ser el más rico mercader de toda la ciudad. Y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valía mi hacienda dentro de las puertas de mi casa más de cincuenta mil ducados. *Todo lo perdí y no hubiera perdido nada como no hubiera perdido a mi hija*» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 63, énfasis mío). Posteriormente, en el desenlace, nos dirá el narrador: «y con ellos (*los diez mil ducados*) y con algunos más que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre a ejercitar su oficio de mercader, no sin admiración de los que sabía sus grandes pérdidas. En fin, en pocos meses fue restaurado su crédito y la belleza de Isabela volvió a su ser primero» (p. 88). Este tema ha sido largamente tratado por Carroll Johnson, quien sostiene, en resumen, que, por contraste, las familias de Isabela y Ricaredo representan dos tipos opuestos de órdenes económicos y que el texto confronta una dualidad de valores no tanto religiosos (católico/protestante) cuanto económicos (aristocracia/burguesía). El padre de Isabela pertenece a la naciente clase mercantil prestamista, mientras que Clotaldo participa de un orden primitivo, de tipo corsario, que se sustenta gracias a la rapiña y a una cultura belicista (Johnson, 2000, pp.151-158).

21. Vilchez, 2010, p. 1.

To most people, gold represented the natural center of value that grounded their confidence in money, assured integrity, and guaranteed trustworthiness. People had faith in coins, and considered that credit was just a substitute for the hard cash that directly represented goods in exchange. But businessmen came to use credit differently²².

Al tiempo que otorga un poder real, el oro también se convierte en un objeto de suspicacia: pierde su naturaleza de intercambio concreto por otra más bien abstracta. El oro se convierte en centro de ansiedad y ambigüedad, y articula en sí mismo una propia frontera que desorienta a una sociedad tradicional de hondas raíces aristocráticas. «If treasures generated wonder», nos dice Vilchez «that also created confusión and distress, as gold –supposedly an object of everlasting value– began to fluctuate in an array of scenarios that spread to both sides of the Atlantic»²³. La vieja sociedad militar está ahora inserta en una lógica de consumismo y parasitismo de cuyas causas de decadencia moral se acusa a la invisibilidad de la riqueza y al sistema de préstamos. Su libro se encarga de mostrarnos la proliferación de textos arbitristas que buscan restaurar las viejas políticas comerciales y, en particular, la salud moral de la nación.

Como veremos más adelante, Carroll Johnson ha visto en esta misma tensión la clave para leer *La española inglesa*. Y, ciertamente, en la mirada que centra tanto el cuerpo y su vestido como mercancías, hay todavía un rezago del paradigma mercantil aristocrático, que un giro hacia la abstracción, lo inmaterial, termina por estabilizarse en las ficciones cervantinas. La representación de esta crisis de imaginarios puede insertar ambas novelas ejemplares elegidas en un *corpus* literario al que se transfirieron temores y soluciones posibles, articulando, quizá, en una línea erasmista, las nuevas estructuras burguesas en España con una renovada práctica católica²⁴.

Pero, por supuesto, es innegable que el proceso no está libre de resistencia ni de tensiones. Paralela a una intensa demonización textual del oro y de la *maldad* social que genera (sólo basta con leer a Quevedo para darse una idea de esto), la representación de otros aspectos más específicos, éticos y simbólicos, se transfieren asimismo a los textos. Un ejemplo de esto último es la manera cómo la España masculina (militar, feudal, aristocrática) parece, a los ojos de varios documentos literarios, feminizarse bajo el influjo del oro americano, casi contagiándose, se diría, de la sensualidad perezosa que se le atribuía al indígena, víctima de viejos prejuicios orientalizantes todavía vigentes por entonces.

Atisbos habrá, como se verá más adelante, para vincular los efectos de esta tendencia –que ve en las ficciones que tratan temas de decadencia nacional «concern(s) about idleness and virtue»²⁵– con la representación negativa que Cervantes hace del ambiente cortesano, desplazado estratégicamente a espacios mu-

22. Vilchez, 2010, p. 6.

23. Vilchez, 2010, p. 4.

24. Forcione, 1982, pp. 98-101.

25. Vilchez, 2010, p. 14.

sulmanes o protestantes. La economía libidinal que transmiten tanto *La española inglesa* como *El amante liberal* otorgan suficientes indicios como para imaginar posibles nexos entre el contexto económico aquí repasado y las representaciones propuestas por el universo cervantino.

La conclusión de ambas ficciones no sólo mostraría la tensión que causa un cambio de paradigma socioeconómico²⁶, sino su consecuencia, es decir, la decadencia moral al que lleva dicho descontrolado deseo: «(this) spiral of consumption produces a clear reversal of aristocratic virtues in a noble class that has forgotten about combat sports and concentrates instead on such values as liberality and magnificence as analogous expressions of valor»²⁷. La propuesta de Cervantes, de corte erasmista, pareciera apuntar a una dosificación de la ansiedad de hábitos de consumo y deseo, es decir, de excesivo materialismo, plegándose así hacia una sensibilidad que, por el contrario, celebra la frugalidad y la austeridad católica entre los individuos.

En las páginas que siguen intentaré conectar lo representado en dichos textos con las ideas aquí expuestas, centrándome, primero, en la crítica al consumo que se expresa por el ambiente cortesano (feminizado y materialista), así como en el desplazamiento semántico de la belleza (del discurso petrarquista a otro monetario) y de su consecuente defensa de austeridad y liberalidad espiritual.

LA MERCANTILIZACIÓN DE LA CORTE Y LA ECONOMÍA DEL CUERPO

Amén de cautivos, tanto Mahamut como Isabela son asimismo intermediarios en un ambiente de corte. En ambos, el vestido (sea el de turco; sea el de una indumentaria que muda «a la inglesa») será, aunque impuesto, un signo de flujo exitoso, de adaptación y de buen fingir. «Soy natural de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje y vestido diferente del que yo solía»²⁸, le dice el converso italiano a Leonisa, comunicándonos que las prendas que viste, por encima de su afiliación religiosa, es apenas un signo estratégico y transitorio: «quizá para que yo te sirva ha traído la fortuna de este rodeo de haberme hecho vestir deste hábito, que aborrezco»²⁹.

El retrato que nos pinta Cervantes de él, no es, pues, el de un simple renegado, sino el de un individuo astuto para la negociación y el disimulo que se adapta estratégicamente al tránsito comercial del que, a fin de cuentas, forma parte como mercancía humana. Uno de sus rasgos más interesantes nos lo transmitirá él mis-

26. Lo explica muy bien Isabel Torres, en la línea de Johnson, al decir que: «The idealized love story is or had been traditionally the province of the aristocracy, but Cervantes eliminates aristocratic protagonists in favor of the bourgeoisie. When Cervantes belabors the financial infrastructure of the bourgeois lifestyle he is insisting on the emergence of the bourgeoisie onto center stage in both history and fiction. The bourgeoisie displaces the aristocracy as the protagonist of history and fiction mirrors this change». (Torres, 2005, p. 186).

27. Vilchez, 2010, p. 292.

28. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p.162.

29. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p.139.

mo al afirmar que aprovecha su posición como sirviente privilegiado para ganarse los favores de su señor, el cadí: «Sabes también lo mucho que vale y lo mucho que con él yo puedo»³⁰; y luego, más extensamente:

No hay en toda esta ciudad quien pueda ni valga más que el cadí, mi amo, ni aun el tuyo, que viene por visorrey della, ha de poder tanto y siendo esto así, como lo es, yo puedo decir que soy el que más puede en la ciudad, pues puedo con mi patrón todo lo que quiero³¹.

Lejos de las galeras o de cualquier otra forma de cautividad extrema, su espacio es de una holgada, peculiar libertad. En ese ambiente de corte, descrito desde la ironía como pervertida, sensual y egoísta, Mahamut ha aprendido a fingir y a negociar con los turcos. Esta primera lección también la aprenderá más tarde Ricardo, cuando, instigado por la propia Leonisa, aunque con reticencia, acepte continuar con los escarceos amorosos que distraerán a la lasciva Halima y a su desafortunado marido:

Jamás pensé ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras trujera consigo imposible de cumplirla, pero la que me pides me ha desengañado. ¿Es por ventura la voluntad tan ligera que se pueda mover y llevar donde quisieren llevara, o *estarle ha bien al varón honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso*? Si a ti te parece que alguna destas cosas se debe o puede hacer, haz lo que más gustares, pues eres señora de mi voluntad³².

Se trata, a fin de cuentas, de la misma competencia que demuestra Isabel en la corte inglesa, pese a los temores de su familia sustituta. Diglósica, como Mahamut, no solo es intermediaria lingüística cuando hace falta; también es capaz de adaptarse y fingir frente a las autoridades que la poseen. El manejo cortesano que exhibe Isabela no necesita educación previa, siendo así su nobleza espiritual expresada *de natura*, y sus virtudes enunciadas a través de la belleza física. Con ella no sólo asistimos a un cuerpo *valioso* que seduce; aquí el vestido también ricamente ataviado «a la española», de modo semejante al vestido turco de Leonisa, dialoga con la habilidad para simular y agradar. Cargado de varias capas simbólicas, dicho vestido «oculta» a la cautiva bajo el lujo (ahora el de la digna prometida del hijo), del modo como la familia oculta, de modo semejante, su propia fe secreta, a los ojos de la reina.

Ésta es otra frontera que los personajes deberán cruzar (negociar) con frecuencia: la que separa al cortesano de la mercancía. Adiestrados en las habilidades para sobrevivir en la corte, los cautivos cristianos no dejarán de percibirse como moneda de transacción, valores destinados a saciar ya la incontenible promiscuidad otomana, ya la voracidad corsaria protestante. En ese orden, la naturaleza más

30. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p.139.

31. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p.154.

32. Cervantes, 1988, p.170 (énfasis mío).

débil, con frecuencia femenina, será a menudo la que se represente principalmente como el objeto de deseo e intercambio³³.

El rapto de Isabela a manos de Clotaldo en Cádiz, por ejemplo, es desencadenado por su belleza («aficionado, aunque cristianamente, a su hermosura»³⁴). Convertida, de este modo, en botín, no dejamos de verla como posesión, familiar primero e imperial después. Recuérdense sino cómo se refiere a ella la reina en su primera entrevista: «Clotaldo, agravio me habéis hecho en tenerme este *tesoro* tantos años ha encubierto; más él es tal que os haya movido a codicia: *obligado estáis a restituirmele porque de derecho es mío*»³⁵. Esto último confirma que el cuerpo de Isabela es todavía un objeto que se posee (un «tesoro»), circunstancia que se reafirma al pasar al poder de la corona, es decir, a un segundo cautiverio³⁶.

En *El amante liberal*, la aparición de Leonisa no sólo revela el carácter moral de la corte otomana, sino que también anuncia el desenlace inevitable del drama bizantino. Al igual que su equivalente femenino, la cautiva Leonisa atraviesa el mismo modelo de circulación como mercancía corporal: de manos de Yusuf al del comerciante judío, y de este último al histérico litigio de posesión en que se entrampan los líderes musulmanes. La corte otomana convertida así en un mercado esperpéntico y decadente, se configura en un fondo equivalente al de las ruinas de Nicosia: la mujer, mercantilizada a los ojos libertinos de la corte, pierde todo rasgo de humanidad (el *cómo*, *dónde* y *por qué* de su procedencia) y reduce el valor de su cuerpo (y por extensión, del vestido que la cubre) a un precio:

En aquel mismo punto nació en los corazones de los tres una, a su parecer, firme esperanza de alcanzarla y de gozarla; y así, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni en cuándo había venido a poder del judío, le preguntaron el precio que por ella quería³⁷.

Ambas heroínas personifican, por lo tanto, la desestabilización semántica que sufre la categoría de belleza. Siempre oscilando en el deseo de los sujetos dominantes, en diferentes niveles y momentos, dicho rasgo de pureza –sintetizada en la esencia física del *descriptio puellae* y el amor cortés medieval– es ahora mero valor de transacción: el cautiverio remarca la condición del botín humano que las mujeres son y, en consecuencia, ambos desenlaces apuntan a su posterior des-

33. Esto no es del todo exacto, pero lo contrario –la mercancía masculina– se representa mucho más mitigada en ambos textos: recordemos que Ricaredo es también posesión de la reina, en tanto ella decide su vocación corsaria y su separación de Isabela; y que, para Halima, Ricardo es asimismo un botín que su deseo mercantiliza.

34. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avalor-Arce, p. 243.

35. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avalor-Arce, p. 56 (énfasis mío).

36. La voracidad inglesa no se debe perder de vista. Isabela es también víctima de un cautiverio semejante al de los españoles en la galera del turco Arnaut Mamí. Los cautivos españoles lo expresan cuando Ricaredo les revela que la suya pertenece al reino británico: «que no eran de la señora reina de Inglaterra, cuya nueva dio que pensar y temer a los que la oyeron, pensando, como era razón que pensasen, que de un lazo habían caído en otro» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avalor-Arce, p. 63). La personificación del poder en la reina vincula simbólicamente ambos cautiverios.

37. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 158.

articulación. El amor de Ricaredo e Isabela solo se reafirmará cuando el rostro de esta última se envenene y deforme, devolviéndole así al cuerpo la belleza del alma cristiana, que sólo el piadoso amante y, no la corte inglesa ni los católicos secretos que son sus padres, sabrán observar; en tanto que Ricardo alcanzará la catarsis de la liberalidad, rompiendo así la cadena de circulación en que la voluntad de Leonisa había sido aprisionada:

No es posible que nadie pueda mostrarse liberal de lo ajeno; ¿qué jurisdicción tengo yo en Leonisa para darla a otro? O ¿cómo puedo ofrecer lo está lejos de ser mío? Leonisa es suya, y tan suya, que, a faltarle sus padres, que felices años vivan, ningún opósito tuviera su voluntad³⁸.

Hasta entonces, ambas cortes, aunque en grados distintos, se nos han caracterizado como espacios que centran su interés en el bien mercantil o monetario, lejos de la verdadera religión, y por lo tanto como espacios que adolecen de falsedad, corrupción y egoísmo. Comentando, por ejemplo, la sucesión de autoridades en la colonia chipriota, Mahammud ha dicho poco antes:

o le premian o le castigan, según la relación de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo. Si no viene culpado y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que más se le antoja, porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros; todo se vende y todo se compra³⁹.

Todo lo cual es leído religiosamente por él como síntoma de un «imperio violento»⁴⁰, al que sostiene los pecados de quienes «descaradamente y a rienda suelta ofenden a Dios, como yo hago»⁴¹. Es decir, monetarizando las relaciones humanas y reduciendo sus negociaciones afectivas y fiduciarias a meras transacciones materiales (él, su fe a cambio de bienestar; Leonisa, cosificada y sensualizada por los demás turcos). Este aspecto –de corrupción materialista– es el que caracterizará, de modo prioritario, a toda la corte otomana representada en el texto. El descalabro fratricida con que concluye el viaje del cadí hacia Constantinopla (ese espacio definitivo, geográfico y cultural, del cual ningún cautivo puede ya retornar) no es más que el desenlace de los raptos de bajas pasiones que la bella mercancía femenina que significa Leonisa desencadena entre las tres principales autoridades de Nicosia (el cadí –líder religioso–; y los bajá Hazán y Alí –ambos líderes políticos en sucesión). La pérdida de religiosidad, tal como sostiene Mahamud –y a cuya certidumbre fácilmente adhiere el narrador–, se relaciona con la corrupción de una mal entendida liberalidad (vagamente mercantil; nulamente ética), que se contrapone a la que, en el desenlace de la novela, representa en cambio el cristiano y ejemplar Ricardo.

38. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 186.

39. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 141.

40. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 141.

41. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 141.

En la misma línea, aunque aminorada con respecto al claramente negativo filtro a que somete Cervantes a la corte otomana, la inglesa no deja significarse a partir de similar ansiedad mercantil, esta vez inserta en la tradición corsaria. Esto no solamente se refleja en el botín en que se configura Isabela, tal como hemos observado líneas arriba, sino también en los méritos que solicita la reina de Ricaredo. El peregrinaje imperial que se le impone como condición para poseer la mercancía amada, pone a prueba así su afiliación religiosa y le demanda un aporte económico a través del latrocinio marítimo.

Diferente es, pues, el peregrinaje de fe que Ricaredo hace a Roma y los sufrimientos que padece como cautivo. Aceptar la exigencia real significa para el joven enamorado una prueba de fidelidad cortesana («pues Vuestra Majestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querría saber en qué modo y en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligación»⁴²), misión que cumple, sin dramas interiores, aceptando el ocultamiento de su fe. Fácilmente aliviado por tener que enfrentar el cuerpo desechable del turco («a los turcos no más, que a los cristianos mandó Ricaredo que nadie los tirase»⁴³), Ricaredo refuerza su arte de fingir, perdonando a unos pocos turcos para que no creyesen los suyos que su liberalidad solo era concedida a los católicos.

La conexión crítica no se hace directamente sino a través de la ambigüedad de las murmuraciones palaciegas, que critican la «inusitada merced» con que premia la reina al joven capitán. «Ricardo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado sino sobre la pimienta que él trajo»⁴⁴; «Ahora se verifica lo que comúnmente se dice, que dádivas quebrantan peñas»⁴⁵. Los favores monetarios, quizá tan intensos como los criticados por el narrador en *El amante liberal*, aquí se soslayan en voces más parcas y disimuladas, aunque una lectura más atenta podría encontrar como fondo una misma crítica.

RIQUEZA Y FRUGALIDAD EN EL VESTIDO

Configurados el espacio cortesano y los cuerpos insertos en la dinámica mercantil que articula aquél, en el discurso de Cervantes, sin embargo, parece subyacer una crítica que se origina en ciertas analogías entre cuerpo y vestido que luego se trasladarán al contrapunto materia-espíritu de los desenlaces. En parte se puede argüir que es la misma lógica de inestabilidad fronteriza la que articula todo el universo de los textos, y que ambas naturalezas opuestas y sus representaciones (lascivia/frugalidad o consumo/espiritualidad), también se contagian de la misma ambigüedad a partir de la mirada que las observa.

Así, por ejemplo, la descripción que de Leonisa hace Ricardo encaja puntillosamente en la idealización del cuerpo petrarquista. El *descriptio puellae* como tópi-

42. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 57.

43. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 62.

44. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 72.

45. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 73.

co corresponde al mismo ámbito estetizante del amor cortés, lo que asimismo se contagia de similar admiración, de respeto casi religioso con que el héroe dedica al espíritu honorable y puro de la mujer amada, elevada en halagos que parecen rozar, por momentos, cierto estatuto profano⁴⁶:

Una doncella, digo, por quien decían todas las curiosas lenguas y afirmaban los más raros entendimientos que era la más perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir; una por quien los poetas cantaban que tenía los *cabellos de oro*, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, *sus dientes perlas*, *sus labios rubíes*, su garganta alabastro, y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes, hacían una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamás pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha⁴⁷.

Uno se pregunta, no obstante, hasta qué punto a esa idealización espiritual no se le ha contagiado ya una mirada cuestionadora, que se reconfigura a través del cuerpo cautivo que el botín —que es Leonisa— expresa. En tal sentido, tanto oro, perlas y rubíes podrían desplazar sus valores sémicos hacia una estabilización menos metafórica, lo que parece confirmarse, a continuación, cuando el cuerpo antes idealizado se materializa, recubierto ahora por telas y piedras preciosas. Cuerpo y vestimenta entonces, eliminadas sus fronteras, unidas en una sola entidad, permiten al judío mercader incorporar al objeto de transacción en la ansiedad cortesana, adquiriendo *precio* y haciendo posible su circulación:

Dijo el judío que no la había de dar con los vestidos que tenía, porque valían otras dos mil doblas, y así era la verdad, a causa que en los cabellos que parte por las espaldas sueltos traía, y parte atados y enlazados por la frente, se parecían algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos. Las manillas de los pies y manos asimismo venían llenas de gruesas perlas. El vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro⁴⁸.

Acerca del traje morisco ha dicho Barbara Fuchs que asemeja un «disfraz» que facilita la simulación del individuo («a kind of performative costume»⁴⁹). La imposición del vestido turco a la heroína no sólo representaría, ciertamente, un signo de negociación, sino del lado de la cultura dominante, un intento por imponer el

46. Nótese lo que dice al respecto Mohamud, reconviniendo al hiperbólico Ricardo: «detente amigo Ricardo, que a cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella Leonisa que, dejando de parecer cristiano, parezcas gentil» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, pp. 164-165). Por su parte, el carácter virginal-profano de Leonisa pareciera aludirse cuando, el religioso cadí, herido tras las trifulcas en el bergantín, pide que la hermosa cristiana le ponga «las manos sobre la cabeza, por que él llevase esperanzas de sanar de su herida» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 182).

47. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 142 (énfasis mío).

48. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 160.

49. Fuchs, 2009, p. 67.

cautiverio cultural sobre el corporal⁵⁰. En la ambigua vigencia del vestido oriental como objeto de deseo, asimismo, se desplazaría la mirada idealizada del antiguo código cortés aristocrático hacia otra, sensual y profundamente monetarizada que es la postura predominante en el ambiente de corte otomano. En otras palabras, el juego del vestido lujoso en dicho contexto será sinónimo de artificio y corrupción, deslumbramiento sensual, valor monetario. En tanto síntoma, se trata de una mera superficie alejada de los valores espirituales que definen el amor puro, la verdadera fe católica y la autenticidad *liberal* de los sujetos. Claramente enunciado –incluso de manera más evidente en *La española inglesa*–, el contrapunto entre lo auténtico y lo simulado se dará de modo similar entre lo revelado y lo oculto, la fe expuesta (de Ricaredo) y la fe secreta (de los padres). Simulacro, ocultamiento y capacidad de fingir son elementos de corte que Cervantes no parece ver con buenos ojos⁵¹.

Dicho artificio superficial contagia incluso el feminizado atuendo del cobarde Cornelio, a quien describe Ricardo como «todo hecho de ámbar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornos de brocado»⁵² y a quien interpela espada en mano, diciendo:

Y vese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte a defendelle por no ponerte a riesgo de *descomponer la afeitada compostura de tu galán vestido*. [...] Vete, vete y recreáte entre las doncellas de tu madre, y allí ten cuidado de tus cabellos y de tus manos⁵³.

Articioso y sensual, consumista, ocioso y vaciado de espíritu guerrero, el noble Cornelio pareciera estar más cerca de la corrupta sensibilidad turca que de la gallarda y auténtica naturaleza española que reivindica Ricardo: «Moreover, the two notions were interconnected: through the sustained equation of the East with effeminacy and of Semitic peoples with women, masculinity was erected into a crucial aspect of Spanish identity»⁵⁴. Como conclusión de su discurso catártico, el mismo Ricardo confrontará dicha sensualidad amanerada que la corte otomana y la esfera social del afeminado Cornelio comparten, y de su aprendizaje último obtendrá el don de la liberalidad entendida cristianamente. A partir de la cesión del libre al-

50. Este temor estará también vigente en *La española inglesa*, tal como veremos al trasladarse la mercancía que significa Isabela de manos de Clotaldo a las de la reina, cautiverio que, a diferencia del primero, amenaza su esencia católica: «Quedó Isabela como huérfana que acaba de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la había criado» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce, p. 59). Es decir, amenazando la libertad cultural concedida (religiosa y lingüística) por los ingleses católicos.

51. Algo que podría estar relacionado, como ha sostenido Harry Sieber, con la poca fortuna de Cervantes en sus intentos por hallar protección patronal: «If we are to speculate, as does Canavaggio (p. 50), that Tomás Rodaja (the «licenciado Vidriera») reflects Cervantes' thinking on the matter of service at court, we can simply conclude that Cervantes refused to do what was required at the time of all would be clients: "Vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear"» (Sieber, 1998, p. 109).

52. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 143.

53. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 145 (énfasis mío).

54. Fuchs, 2003, p. 3.

bedrió a la mujer y de su consiguiente redención, la consolidación del retorno se sellará con el pacto matrimonial, lejos de la «arrogancia» (principal defecto que ve en él, Leonisa: «que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumías de ti algo más de lo que debías»⁵⁵) y de la promiscuidad cortesana que se deja atrás⁵⁶.

Al recordar la vigencia de las ideas neoplatónicas que expresa el texto de Cervantes, Forcione ha estudiado el tejido social en que aquellas se estabilizan y que no es otro que el de aquella nueva «sociedad conyugal», nacida de la incipiente cultura burguesa:

Need of the incipient bourgeois culture of the time for a more dignified vision of marital relations than had been maintained traditionally –emphasizing the conservation of property and the control of concupiscence—they did not fail to arouse the wrath of his most inveterate enemies and to give them an opportunity to attack his heterodoxy through out his life⁵⁷.

El matrimonio y la paternidad en que culmina el proceso de aprendizaje y madurez del héroe cervantino, se opone notoriamente a la esfera de aquella «contaminating concupiscence»⁵⁸ que representa la corte, y en la que el rol de la sexualidad se constituye solo en superficial lascivia. En términos erasmistas, el matrimonio (instituido por Dios), es el que provee el orden y estabilidad domésticas, y por tanto nacionales, ideas a las que parece adherir fielmente la moraleja de la historia:

Todos quedaron contentos y libres y satisfechos, y la fama de Ricardo, saliendo de los términos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia y de otras muchas partes, debajo del nombre del *amante liberal*, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fue ejemplo raro de discreción, honestidad, recato y hermosura⁵⁹.

Semejante «deseo matrimonial» es el que despierta tempranamente en el joven Ricaredo la «sin igual belleza de Isabel»⁶⁰, motivo del cautiverio a que la somete Clotaldo (obsequiada a su esposa), primero, y de la posterior afición que le permite ingresar a la corte de la reina inglesa. Ricaredo, enfermo de *amor hereos*, confirma como antes su par de *El amante liberal* un vínculo genésico con la retórica cortés: los «ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla»⁶¹ se piensan en términos de honestidad, aunque, como afirma Isabel Torres, «there is an uncomfortable mirroring

55. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 173.

56. Citando a Erasmo –«both the spokesman for the aspirations of the new bourgeoisie and its educator» (1982, p. 98)–, Forcione recuerda esta misma oposición que guiaría el pensamiento de la época: «Erasmus placed much more emphasis on spiritual rather than on instinctual fulfillment. His view of the instincts is anything but that of the libertine, and his didactic writing are full of denunciations of the epicurean or «Turkish» license of self-indulgent Christians» (Forcione, 1982, p. 103).

57. Forcione, 1982, p. 100.

58. Forcione, 1982, p. 101.

59. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Harry Sieber, p. 188.

60. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 49.

61. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 49.

of father and son in this development»⁶². Nuevamente los pensamientos, en términos neoplatónicos, atraviesan una tensión ambigua que termina estallando con la intervención de la reina. «The monarch's intervention threatens to pull down the fragile structure of the family's world»⁶³, aquel mundo doméstico-aristocrático de Clotaldo, que, semejante a la corte otomana, se sostiene sobre una frágil estructura basada en la simulación y el ocultamiento. En tanto miembro de ese mismo orden, Ricaredo deberá deslindar de su familia para que el deseo matrimonial adolescente adquiera un sentido real, lejos de los engaños de la belleza superficial de rostro, cuerpo y vestido.

En su primera experiencia cortesana, Isabela es recubierta por los signos del vestido, tal como el comerciante judío hiciera antes con Leonisa, a fin de presentarla como mercancía a la autoridad. Así, al reemplazar sus prendas de prisionera por el lujoso vestido «a la española», los padres sustitutos y con ellos el propio Ricaredo, la disfrazan «performativamente», en la misma estructura de representación cortesana⁶⁴:

vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas; collar y cintura de diamantes, y con abanico a modo de las señoras damas españolas; sus mismos cabellos que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servían de tocado⁶⁵.

A su vez, el *descriptio puellae* y la estética petrarquista confunden la mercancía del vestido con el valor físico del cuerpo femenino, haciendo que, propiamente, acaben mimetizándose. La belleza de Isabela queda retenida así en manos de la corona hasta que Ricaredo cumpla con su servicio corsario en altamar, tal como lo estipula la reina («él por sí mismo se ha de disponer a servirme y a merecer por sí esta prenda»⁶⁶): el *valor* monetario que posee el cuerpo cautivo de la amada entonces se bifurca: por un lado, su envenenamiento y posterior fealdad ya no es capaz de competir contra la dote de la prometida escocesa para los padres sustitutos; por otra, la restitución de la misma, le devolverá el capital y la prosperidad perdidos a los padres legítimos. Al amante, sometido a prueba, tocará decidir éticamente, lo que visto el desenlace, termina por estabilizar el orden familiar irresuelto, orientando además la semántica de la belleza hacia un estadio mucho más espiritual y virtuoso.

Puede entonces decirse que la corte británica no logra envenenar el puro y auténtico espíritu de Isabel; a lo mucho desfigura, pasajera y pasajeramente, su rostro, es decir,

62. Torres, 2005, p. 121.

63. Torres, 2005, p. 123.

64. Lo ha explicado bastante bien Isabel Torres, 2005, p. 124, al afirmar que: «She may not be dressed as a prisoner, but the material extravagance of her Spanish costume functions as a symbolic concretization of the treasure so often plundered from the enemy ships».

65. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 54.

66. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, pp. 56-57.

como los vestidos, una superficial red de tejidos públicos. Si los ingleses, cristianos secretos (y por lo tanto incompletos), Cornelio y Catalina, no son capaces de ver esta esencia intacta en ella, por el contrario el cristiano esencial que es Ricaredo, robustecido de las pruebas del peregrinaje, sí lo hará:

Yo, Isabela, desde el punto que te quise fue con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que si hermosa te quise, fea te adoro⁶⁷.

Mucho tiene que ver en este cambio, desde luego, tanto el envenenamiento de Isabela –cuya circulación como mercancía de corte se ve interrumpida accidentalmente–, cuanto la intervención del amante antagonista, Arnesto. Ricaredo, exitoso ante el peregrinaje mercantil británico (*strictu sensu* económico y materialista), también se ha dejado seducir por el ambiente cortesano, revestido de semejante adorno textil: peto, plumas y armas doradas, entre otras, que hacen que se afirme de él que «con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon con Marte, dios de las batallas, y otros llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon a Venus»⁶⁸. Esta descripción feminizada del héroe ha llevado a Isabel Torres a señalar que «the deliberate confusion of mythical markers evokes a sexual indeterminacy which undermines any positive heroic representation»⁶⁹. Esta sensualidad no puede dejar de recordarnos la corte turca y los amaneramientos con que reprocha Ricardo, en *El amante liberal*, al cortesano Cornelio.

Gives great ironic depth to the concept of Ricaredo as a 'disguised Venus'. The image of Ricaredo as warrior is just that, a falsely forged identity, just bright enough to blind a materialist sovereign who exchanges the prize 'joya', Isabela, for the rich body brought back from sea⁷⁰.

Efectivamente, inserto en ese orden aristocrático, Ricaredo también observa a Isabela como a un botín, imitando al padre («la cual joya ya Vuestra Majestad me la tiene prometida, que es mi buena Isabela. Con ella quedaré rico y premiado»⁷¹); lo que, sin duda, expresa todavía inmadurez en su proceso de perfeccionamiento. Es, entonces, que su némesis Arnesto debe entrar en acción⁷². Arnesto sigue el mismo patrón neurótico que su rival y, propiamente, muestra similares méritos. El reproche que hace a Ricaredo revela que él también participa de la misma dinámica económica en que este ha recaído en la corte: el de la simulación que acompaña el

67. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 83.

68. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 68.

69. Torres, 2005, p. 126.

70. Torres, 2005, p. 126.

71. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 69.

72. Curiosamente se nos describe a Arnesto como «arrogante, altivo y confiado». Se recordará que son estas las características que rechaza Leonisa en el Ricardo primitivo. Arnesto queda fijo en ese estadio, mientras que Ricaredo evoluciona, experimentando como antes Ricardo el significado verdadero del heroísmo espiritual, lejos de «la espada y el oro» (Casalduero, 1962, p. 126).

consumo material, significado en el cuerpo amado: «Tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido a Isabela»⁷³.

Esta confrontación especular resulta decisiva dado que anticipa (y provoca) el envenenamiento del objeto deseado. Perturbado por el encuentro previo, tanto como por la consecuencia del mismo, ahora el cuerpo sin valor superficial de Isabela es el que empujará a Ricaredo hacia la epifanía que reordenará su neurosis no resuelta, que es también la de su familia. Como dice Torres: «Ricaredo must cast off the duplicity of his background, conquer the pretentious egocentricity of his character and develop the spiritual purity that will make him a suitable husband for Isabela»⁷⁴. Como compensación al peregrinaje mercantil, el héroe deberá realizar el viaje que lo llevará a Roma y, posteriormente, a la penitencia del cautiverio a manos de los turcos. Simbólicamente, la pureza obtenida se transferirá a la representación del vestido, cuando en la anagnórisis que seguirá al encuentro con su amada, haya sido desvestido de las galas afeminadas de la corte para cubrirse con el humilde hábito trinitario⁷⁵: «hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del traje en que estaba su buen conocimiento ni estorbase su baja fortuna»⁷⁶.

Paralelamente, poco antes de entrar al monasterio, Isabel decide usar el mismo, lujoso vestido español, vaciándolo de su significación inicial, meramente mercantil y artificial, para llenarlo de signos más auténticos, más próximos a los atavíos de una virgen en procesión que a la sensual parafernalia que aviva el goce visual cortesano:

Con este adorno y con su gallardía, dando ocasión para que todos alabasen a Dios en ella, salió Isabela de su casa a pie [...] Unos bendecían a sus padres, otros al cielo, que de tanta hermosura la había dotado; unos se empinaban por verla; otros, habiéndola visto una vez, corrían delante, por verla otra⁷⁷.

Si el primer viaje en caravana en Londres deslumbra a la multitud mientras se dirige de la casa aristocrática de los padres sustitutos hacia la corte real; el segundo, que parte del hogar burgués, reconstituido por los padres primitivos, hacia el convento, lo deshace. O, mejor dicho, lo traza nuevamente, señalando la futura ruta católica que están destinados a atravesar juntos los amantes reencontrados. El matrimonio que también sella la historia, participa de la general reconfiguración económica del texto, que no sólo recompone el daño ocasionado al padre mercader, sino que funda, sobre ese mismo orden, un sistema mucho más centrado en el orden burgués de estirpe católica, tal como coinciden en señalar Carroll Johnson⁷⁸ y Alban Forcione⁷⁹.

73. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 78.

74. Torres, 2005, p. 127.

75. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 92.

76. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 93.

77. Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, p. 93.

78. Johnson, 2000, p. 186.

79. Forcione, 1982, p. 97.

Como hemos observado en ambas novelas, el devenir argumental parece traducir el contexto socioeconómico español en su propia ambigüedad, aquél que experimenta ya el irrefrenable ascenso de un sistema capitalista, mientras se resiste a abandonar su viejo paradigma aristocrático. Al llevar dicha neurosis al cuerpo y vestido cortesanos, criticando su «feminización» y excesivo culto al consumo, Cervantes lleva también de lo material a lo abstracto –tal como, en el terreno económico, el oro físico se torna crédito, valor impalpable– la reflexión de la cautividad, centro del discurso inestable y fronterizo que se representa. Que los vestidos suntuosos (aderezados de piedras preciosas), o los cuerpos (deshumanizados, convertidos en valores mercantiles y fijados por precios), se espiritualicen al final, institucionalizados por el matrimonio católico, revela la *ejemplaridad* que buscaban, desde su origen, los propios discursos cervantinos. No se debe dejar, sin embargo, que este aspecto moral oculte las inclinaciones que en materia económica y social subyacían, de modo mucho más complejo, en la propia narrativa de la realidad del viejo imperio.

BIBLIOGRAFÍA

- Boyd, Stephen, *A Companion to Cervantes' Novelas Ejemplares*, Woodbridge, Tamesis, 2005.
- Casalduero, Joaquín, *Sentido y forma de las novelas ejemplares*, Madrid, Gredos, 1962.
- Cavillac, Michel, *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*, Granada, Universidad de Granada, 1994.
- Cervantes, Miguel de, *Novelas Ejemplares I*, ed. Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 1988 [1613].
- Cervantes, Miguel de, *Novelas Ejemplares II*, ed. Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1992 [1613].
- Cervantes, Miguel de, *Novelas Ejemplares*, ed. Jorge García López, Madrid, Real Academia Española, 2013 [1613].
- Forcione, Alban, *Cervantes and the Humanist Vision: A Study of Four Exemplary Novels*, New Jersey, Princeton University Press, 1982.
- Fuchs, Barbara, *Exotic Nation. Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2009.
- Fuchs, Barbara, *Passing for Spain, Cervantes and the Fictions of Identity*, Chicago, University of Illinois Press, 2003.
- Hart, Thomas, *Cervantes' Exemplary Fictions. A Study of the Novelas Ejemplares*, Kentucky, The University Press of Kentucky, 1994.

- Ife, B. W., «The Historical and Social Context», en *The Cambridge Companion to Cervantes*, ed. Anthony J. Cascardi, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 11-31.
- Johnson, Carroll, *Cervantes and the Material World*, Chicago, University of Illinois Press, 2000.
- Pfandl, Ludwig, *Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Araluce, 1959.
- Sieber, Harry, «The Magnificent Fountain: Literary Patronage in the Court of Philip III», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 18.2, 1998, pp. 85-116.
- Torres, Isabel, «Now you see it, now you see it again. The Dynamics of Doubling in Cervantes "La española inglesa"», en *A Companion to Cervantes: Novelas Ejemplares*, ed. Stephen Boyd, London, Tamesis, 2005, pp. 115-132.
- Vigil, Mariló, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1994 [1986].
- Vilches, Elvire, *New World Gold. Cultural Anxiety and Monetary Disorder in Early Modern Spain*, Chicago, The University of Chicago Press, 2010.